

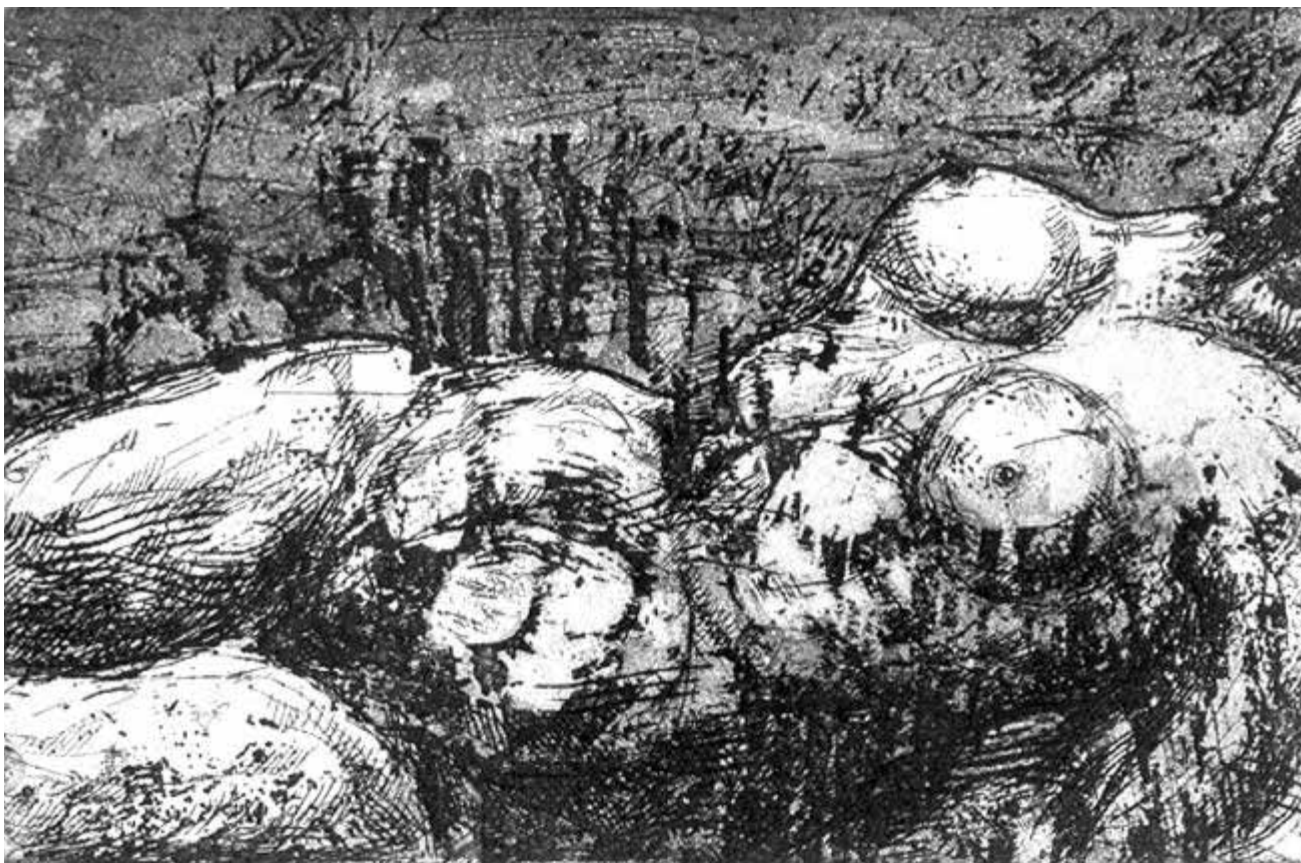
Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Qué podemos decir acerca de los trabajos que nuestro ínclito escritor, el maestro Bracho, nos hace llegar a nuestro atestado escritorio? Qué se podría comen-

tar sobre sus muy buscadas, muy gustadas colaboraciones mensuales en las que nuestro autor pone cotidianos granitos de arena a la mejor manera de ver la vida, y si esta vida transcurre en el Paraíso celestial o terrenal –para amar a una fémima, es igual allá que acullá–, ese Paraíso es lugar soñado en donde la mujer –dicen los que de esto saben– es la que habita



mayoritariamente y la que lleva el control de todo tipo de relación –moral, carnal y material–. En fin, el señor Bracho, como todo escritor que se precia de serlo, dialoga con la medida del alma, platica con la ira fecunda, charla con el amor profundo, se comunica con las sensaciones carnales, con las flores mañaneras, con los árboles protagónicos y orondos, conversa con los ríos caudalosos, con los arroyos infecundos, sube a las montañas de la Venus insidiosa, desciende al Averno multicolor y ataca la guarida en donde permanecen las once mil vírgenes. Así lo ha demostrado en sus escritos, a los cuales este más de cinco veces H Consejo Editorial recibe puntualmente y lee a cabalidad cada mes del calendario gregoriano. Y en esa tarea –la de leer lo que publicaremos en nuestra epónima revista– lectora amable, lector sonriente, nosotros realmente gozamos con las “ocurrencias” del maestro. Bien, dicho –escrito– esto, no nos resta más que pedirle a los acuciosos lectores que quizá en este Tranco encuentren algo que quizá los conmueva un poco. Si esto ocurre, si esta narración lo mueve y lo hace caminar y dirigir sus pasos hacia el pequeño mundo que el maestro Bracho presenta. Bueno y va. Bueno y vale:

Ese día hicimos el pacto, cerramos sin más ceremonias que el guiño del ojo y el leve movimiento de la cabeza, el trato, que dos noches después de lo ocurrido, nos llevaría al encuentro incruento y a los límites altos de las cumbres del Everest.

Bueno, creo conveniente aclarar que la cita no era precisamente en el Everest, no, es un decir, era un lugar mucho más cercano que el coloso helado del Himalaya, era en una casa situada en la falda sur del modesto, pero también frío Ajusco.

Pero mejor trataré de explicar, de detallar algunas cosas importantes, creo, para que haya más claridad de lo que se fraguó en la tarde de ese miércoles llu-

vioso. Bien. Como digo, llovía a cántaros, el cielo parecía que había olvidado cerrar las compuertas, San Isidro se había distraído y las llaves jamás fueron utilizadas. De ese modo, libre el líquido, sin ataduras, sin nadie que le marcara el alto, soltó los torrentes que cayeron con singular alegría por las calles del pueblo de Tlalpan. De más está decir que los encharcamientos, las inundaciones de algunas zonas provocó el consabido embotellamiento vehicular. “Ella”

–omito el nombre, soy caballero antiguo y las reglas establecidas desde las épocas de las Cruzadas no pueden ser violadas por ningún hombre que se precie de serlo– es una amiga a la que conozco de algunos años atrás. Está casada. Su marido me saluda, yo lo saludo y ya, nos llevamos bien, algunas veces hemos coincidido en reuniones para celebrar algo. Lo conozco, sí, pero puedo decir que no es, en el sentido lato de la palabra, mi amigo, ella sí lo es, “ella” –es fotógrafa– y yo por casualidad, practico ese arte de muchos años atrás. En la junta de ese día se trataron varios temas relacionados con las cámaras digitales y con los papeles y la parafernalia relativa a este invento. Tomamos café. Otro más fumó un cigarrillo. Otra tomó una cerveza. Reunión impecable. Nos despedimos, con abrazos y besos y anotamos en la agenda la fecha para la reunión siguiente. El marido de “ella” tenía un trabajo pendiente y no podía llevarla a su casa. Sin más, y cosa natural puesto que esto ya había pasado, me pidió que la llevara. Acepté con gusto. De Coyoacán a Tlalpan haríamos una media hora. Aunque al salir del recinto las nubes negras habían quitado la luz y los rayos ya se abatían con furia. Corrimos a mi auto. Habíamos avanzado sólo unas cuantas cuerdas cuando la cola de autos –nosotros en ella– se hizo interminable. “Ella” y yo sonreímos y dijimos que aquello sería momentáneo, que la



María Emilia Benavides

lluvia no sería tan fuerte y que al rato todos los automóviles reanudarían su camino. Pusimos el radio para escuchar las noticias y recibir algún tip del tránsito. Entre “Ella” y yo, a pesar de los años de conocernos y tratarnos no había surgido nada que pudiera parecerse a un flirt o a al inicio de romance alguno, no, éramos amigos y ya. Pero ¡ah! Cupido entrometido. ¡Ah! Venus azarosa. ¡Ah! sangre vertiginosa y débil. Resulta que cuando escuchamos que en el sitio en que nos hallábamos el locutor anunció que si bien los bomberos trabajaban a destajo, no podrían solventar el anegamiento hasta pasadas unas dos horas. “Ella” tomó su celular y le habló a su marido. No había problema. Es más él se rió de lo acontecido y nos deseo suerte y agregó que cuando llegáramos tomaríamos, los tres juntos, unas copas para comentar la lluvia y la sesión de trabajo. Pero las pieles no tienen el control debido. Los ojos se dicen cosas distintas a lo que la boca

expresa. La soledad del auto, lo oscuro del auto, las gotas que producían un ruido alentador, el vaho que ya había cubierto los cristales, la música suave que salía de la radio y que “Ella”, a un trueno que pareció estallar a unos metros de nosotros, gritó asustada, y sin pensar, como acto reflejo, se abrazó a mí con fuerza. Mi yo, el yo decente, el yo caballero, el yo principesco, el yo invulnerable, el yo valiente, el yo recto, el yo de una pieza, el yo vertical, el yo ecuánime trató de que el trance no pasara a mayores, de que el abrazo fuera solo un momento natural y sin mayores consecuencias, ese yo trató de que la situación fuera solo el producto de una circunstancia no prevista, y por lo tanto aquél acercamiento peligroso, no pasara de eso: dos amigos en un auto, solos en su soledad, porque los cielos echaron sus lluvias sobre esta parte de la ciudad, y ya. Pero, como arriba digo, el Cupido, la carne, el momento, los truenos, los rayos y que de

auto a auto no se divisaba nada, nadie. Cuando “Ella” retiraba sus brazos, y al voltear mi cabeza, nuestros rostros estaban más cerca que la uña a la piel. Nuestros ojos se dijeron lo que en años no se habían atrevido a decir. El diálogo fue silencioso pero profundo. Con nuestros ojos dijimos tantas cosas, tantas. Tantas como nuestros bocas, en años, habían callado. Así que ese era el momento. Sí, que los ojos dijeran su verdad y la verdad era que durante años había permanecido latente un profundo amor. Allí en nuestros cuerpos estaba aletargado, y a punto de despertar, una pasión confesable, una pasión guardada, como la lava de los volcanes que al cabo de centurias irrumpen furiosas hacia la superficie terrenal. Esa pasión estaba a punto de hacer eclosión. “Ella” no terminó de quitar sus brazos y nuestras bocas, inaguantables, sedientas, temblorosas, carnosas, frágiles, se trenzaron en una batalla criminal. Lenguas y dientes, saliva y sudor, calor y frío, caricia y mano, arrullo y brazo, suspiro y pecho. Todo se conjuntó en esa tarde oscura. Cuando íbamos a pasar a lo más profundo, a lo más carnívoro, a lo más salvaje, unos toques en el cristal paralizaron nuestro estallido. –Ya pueden avanzar– Dijo un oficial de policía que atento trataba de darle fluidez al tráfico anegado. Sí, avanzamos. No volvimos a decir palabra. Llegué hasta su casa. La tormenta, como en nuestros cuerpos, seguía latente. Por fortuna, al mojarse toda, al recibir la lluvia bienhechora, si el marido ya estuviera esperando, toda huela maligna desaparecería en el acto. –Mira, dijo “Ella”. Esto no puede quedar así– Y de nuevo una risa que inundó mi rostro más que el agua de la lluvia. –No puede quedar así, te veo en nuestra cabañita del Ajusto. Tú ya la conoces. Llegas el próximo viernes como a las 8 de la noche. “El” tiene que salir mañana a EEUU a editar unos comerciales y estará por allá una semana.

En la puerta de su casa hizo un leve guiño y entró. Arranqué mi auto. Todavía tembloroso, todavía preguntándome a mí mismo qué es lo que había sucedido esa tarde-noche de lluvia intermitente. Cuando estaba en la ducha seguía pensando en las cosas que en la vida pasan. Cómo era posible, me decía, que “Ella” mi amiga-solo-amiga, y yo su amigo-solo-amigo, hubiéramos llegado a un encuentro no esperado, no pensado, no imaginado siquiera. Pero “eso” llegó, cayó como la lluvia, de arriba, del cielo. Sí, realmente no daba crédito al suceso. Por más que le daba vueltas al pensamiento no encontraba la razón de porqué “aquello” había estado en hibernación, y claro, gestándose, tan profundo estaba ese amor súbito que cuando salió, arrasó con las barreras que la amistad “verdadera” había creado. Acepté con alegría la nueva situación. Acudí a la cita. Llegó el viernes milagroso, llegó el día previsto; llegó el momento propio para desbaratar la valla que entre los dos habíamos construido. Eran una valla débil, tan débil que al primer hachazo cayó, como el Muro de Berlín, rodó por los suelos convertida en polvo. No diré nada de lo que ese viernes boreal hicimos. No, ya lo dije arriba, soy cabañero antiguo y no revelaré nada de lo que el amor nos obligó a practicar, no explicaré a nadie lo que los cuerpos tibios hicieron al calor del fuego de la chimenea y al calor de las botellas del tinto que bullían en nuestra sangre. No daré ningún detalle de lo que esa noche profunda contemplé de nuestro encuentro. Quizá ustedes, amigas que me leen, sepan lo que en estos casos puede suceder, ustedes son sabias y tienen recuerdos como el que ahora narro. Ustedes mujeres insumisas saben de lo que es capaz de hacer la lluvia, el relámpago, el auto, los truenos, las manos, las bocas, los cuerpos, los ojos...la vida...sí, de lo que la vida es capaz de hacernos. Digo. ¿no? 🐾